

de Jerusalem ciento quince mil ochocientos ochenta cadáveres. Los habitantes se comieron las pieles de los zapatos, el heno y hasta las inmundicias que buscaban en los albañales de la ciudad, y hubo madre que se comió á su propio hijo. Los sitiados se tragaban las monedas de oro, y cuando lo supieron los soldados romanos, mataban á los prisioneros para buscar en los cadáveres de aquellos infelices el dinero que ocultaban. Murieron en la ciudad de Jerusalem un millon doscientos treinta y ocho mil cuatrocientos sesenta, sin incluir las mujeres, los niños y los ancianos, que perecieron de hambre, en los motines ó en las llamas.¹ En fin, se hicieron noventa y nueve mil doscientos prisioneros, de los cuales unos fueron condenados á los trabajos públicos, y otros al triunfo de Tito, y los hicieron salir á los anfiteatros de Europa y Asia, á combatir á muerte unos con otros para divertir al populacho del mundo romano. Las mujeres y los muchachos que no habian cumplido diez y siete años de edad fueron vendidos en pública almoneda, donde se daban treinta por un dinero. La sangre del justo fué vendida en Jerusalem por treinta dineros, y el pueblo habia dicho: *Sanguis ejus super nos, et super filius nostros*. Dios oyó esta imprecacion, y por la última vez cumplió los deseos de los judíos, y luego apartó los ojos de la tierra de Promision, para escoger un pueblo nuevo.

Treinta y ocho años despues de la muerte de Jesucristo

¹ Es muy particular que un crítico se haya atrevido á combatir todos estos cálculos como si fueran míos, y no de todos los historiadores antiguos, y entre ellos Josefo, á quienes no he hecho mas que copiar. Por lo demás, el abate Guetée y otros muchos sabios han probado que estos cálculos no son exagerados. (Nota de la tercera edicion.)

fué quemado el templo, de modo que muchos de los que oyeron la prediccion del Salvador pudieron verla cumplida.

Peró habiéndose sublevado de nuevo los judíos en tiempo de Adriano, éste acabó de destruir lo que Tito habia dejado en pié en la antigua Jerusalem, y levantó sobre las ruinas de la ciudad de David otra, á la que dió el nombre *Ælia Capitolina*; y bajo pena de muerte prohibió en ella la entrada de los judíos, é hizo poner la figura de un cerdo sobre la puerta que va á Betlem. Asegura, no obstante, San Gregorio de Nazianzo, que los judíos tenian permiso de entrar una vez al año para llorar en ella sus desgracias, y añade San Gerónimo que les vendian á precio de oro el permiso de llorar sobre las cenizas de su patria.

Quinientos ochenta y cinco mil judíos, segun el cálculo de Dion, murieron á manos de los soldados en esta guerra de Adriano. Vendiéronse en Gaza y Mambré una multitud de esclavos de ambos sexos, y se demolieron cincuenta castillos, y se arrasaron ochenta y cinco pueblos.

Adriano hizo edificar la nueva ciudad precisamente en el lugar que ocupa hoy dia; y como observa Doubdan, comprendió por una particular providencia el monte Calvario en el recinto de sus murallas. Cuando la persecucion de Diocleciano, se hallaba ya tan olvidado aun el mismo nombre de Jerusalem, que habiendo respondido un mártir á un gobernador romano, que era de Jerusalem, creyó el gobernador que el mártir se referia á alguna ciudad rebelde que los cristianos habian edificado secretamente. A fines del siglo VII, Jerusalem tenia aún el nombre de *Ælia*, como se ve por el viaje de Arcolfo, por la relacion de Adamanno ó la del venerable Beda.

Parece que hubo algunos alborotos en Judea reinando los emperadores Antonino, Septimio Severo y Caracalla.

Jerusalén, hecha pagana en su vejez, reconoció en fin al verdadero Dios que había negado. Constantino y su madre mandaron derribar los ídolos que se habían colocado sobre el sepulcro del Salvador, y consagraron los Santos Lugares con edificios que aun subsisten.

En vano reunió Juliano treinta y ocho años después los judíos en Jerusalén para que reedificasen el templo: los hombres trabajaban en la obra con azadones y picos de plata, y las mujeres llevaban la tierra en el regazo de sus mejores vestiduras; pero apenas se abrieron los cimientos cuando salieron de ellos llamaradas, que aterraron á los trabajadores é impidieron la continuación de la obra.

En el año 501 de Jesucristo, imperando Justiniano, se volvieron á insurreccionar los judíos, y en tiempo de este mismo emperador fué elevada la iglesia de Jerusalén á la dignidad patriarcal. Destinada siempre á luchas contra la idolatría, y á vencer á las falsas religiones, Jerusalén fué tomada por Cosroes, rey de los persas, el año 613 de Jesucristo. Los judíos esparcidos por la Judea, compraron á este príncipe noventa mil prisioneros cristianos y los degollaron.

Habiendo Heráclito vencido á Cosroes en 627, recobró la verdadera cruz, de que se había apoderado el rey de los persas, y la devolvió á Jerusalén.

Nueve años después el califa Omar, tercer sucesor de Mahoma, se apoderó de Jerusalén después de un sitio de cuatro meses, y la Palestina, lo mismo que el Egipto, cayó bajo la cuchilla del vencedor.

Omar fué asesinado en Jerusalén el año 643. El establecimiento de muchos califatos en Arabia y en Siria, la caída de la dinastía de los Omiadas, y la elevación de la

de los Abasidas, llenaron la Judea de alborotos y desgracias por espacio de más de dos siglos.

Ahmed, turco tulomidas, que de gobernador de Egipto había llegado á ser soberano, conquistó á Jerusalén en 868; pero vencido su hijo por los califas de Bagdad, la santa ciudad volvió al poder de éstos el año 905 de nuestra era.

Otro turco, llamado *Mahomet-Ikhschid*, habiéndose apoderado del Egipto, extendió su conquista hasta Jerusalén, que subyugó en el año 936.

Los fatimitas, que salieron de los arenales de Cirene en 968, echaron á los ikhschiditas del Egipto, y se hicieron dueños de muchas ciudades de la Palestina.

Otro turco, llamado *Ortok*, protegido por los seljucidas de Alepo, se hizo dueño de Jerusalén en 984, y dejó la corona á sus hijos, que la poseyeron después.

Mostali, califa de Egipto, obligó á los ortokidas á salir de Jerusalén.

Hakem ó Haquem, sucesor de Aziz, segundo califa fatimita, persiguió á los cristianos de Jerusalén en 996, como indiqué al hablar de la iglesia del Santo Sepulcro. Murió en 2021.

Meleschah, turco seljucida, tomó la santa ciudad en el año 1076, y destruyó todo el país. Los ortokidas, que habían sido espulsados de Jerusalén por el califa Mostali, volvieron á él, y se defendieron contra Redouan, príncipe de Alepo. Pero espulsados de nuevo el mismo año por los fatimitas, reinaron hasta la llegada de los cruzados á Palestina.

Los escritores del siglo diez y ocho han querido hacer odiosas las cruzadas; pero yo he sido uno de los primeros que han combatido esta ignorancia, ó injusticia más bien.

Las cruzadas no eran locura, como se ha afectado creer, ni en su origen ni en sus consecuencias; ni menos fueron los agresores los cristianos. Si los vasallos de Omar, que salieron de Jerusalem, despues de haber dado la vuelta al Africa, vinieron á caer sobre Sicilia, sobre España y sobre Francia, donde los esterminó Carlos Martel, ¿por qué los vasallos de Felipe I, que salieron de Francia, no pudieron dar la vuelta al Asia, para vengarse de los descendientes de Omar en la misma Jerusalem? No hay duda que ofrecian un grande espectáculo aquellos dos ejércitos de Europa y Asia costeando el Mediterráneo en sentido contrario, venir cada uno bajo las banderas de su religion á acometer á Mahoma y á Jesucristo en medio de sus adoradores. No ver en las cruzadas mas que unos peregrinos armados que corren á rescatar un sepulcro en Palestina, es manifestar una vista muy poco penetrante en la historia. Tratábase en las guerras de las cruzadas, no solo de rescatar el Santo Sepulcro, sino tambien de decidir quién dominaria en el mundo, si un culto enemigo de la civilizacion, favorable por sistema á la ignorancia, al despotismo y á la esclavitud, ó un culto que ha hecho renacer entre los modernos el génio de la sábia antigüedad, y destruido la esclavitud. Basta leer los discursos del papa Urbano II en el concilio de Clermont, para convencerse de que los caudillos de aquellas expediciones guerreras pensaban en libertar al mundo de una inundacion de nuevos bárbaros. El espíritu dominante del mahometismo es la persecucion y la conquista, y el Evangelio por lo contrario, solo predica la tolerancia y la paz. Así es que los cristianos sufrieron durante setecientos sesenta y cuatro años todos los males que el fanatismo de los sarracenos les quiso hacer sufrir: solamente trataron de interesar en su favor á Carlo-Magno;

pero ni España sujeta, ni Francia invadida, ni Grecia y las Dos Sicilias arruinadas, ni el Africa entera esclavizada, pudieron determinar á los cristianos durante ocho siglos á que tomasen las armas. Si en fin, los clamores de tantas víctimas degolladas en Oriente, si los progresos de los bárbaros que se hallaban ya á las puertas de Constantinopla, despertaron á los cristianos de su letargo, y les hicieron atender á su propia defensa, ¿quién osará decir que fueron injustas las guerras sagradas? ¿qué seria de nosotros si nuestros abuelos no hubiesen rechazado la fuerza con la fuerza? Contéplese el miserable estado de la Grecia, y se verá lo que es un pueblo sujeto á la coyunda de los musulmanes. Los que tanto se glorían hoy de los progresos de la civilizacion y de las ciencias, ¿hubieran querido que reinase entre nosotros una religion que quemó la biblioteca de Alejandria, que se gloria en la humillacion de los hombres, y que desprecia altamente las ciencias y las artes?

Debilitando las cruzadas los innumerables ejércitos mahometanos en el mismo centro del Asia, impidieron que los turcos y los árabes nos conquistasen, pues nos libertaron de nuestras propias revoluciones, y con la *paz de Dios* suspendieron las guerras intestinas; y en fin, dieron salida á aquel esceso de poblacion, que tarde ó temprano contribuye á la ruina de los Estados; observacion hecha por el padre Maimbourg, y demostrada por Mr. Bonald.

En cuanto á los demás resultados de las cruzadas, comiézase ya á convenir en que estas empresas guerreras favorecieron el progreso de las letras y de la civilizacion. Robertson trata perfectamente esta materia en su *Historia del comercio de los antiguos en las Indias orientales*. Tampoco debemos omitir la fama que los ejércitos europeos alcanzaron en las expediciones de ultramar. El tiempo de

estas expediciones es el tiempo heróico de nuestra historia, y el que dió origen á nuestra poesía épica. Todo aquello que preste un carácter maravilloso á una nacion, no debe ser despreciado por la misma nacion. Por mas que lo disimulemos, es cierto que nuestro corazon ama naturalmente la gloria; y seria envilecer hasta el extremo al hombre, si creyésemos que solamente se compone de cálculos positivos para su bien y para su mal: repitiendo de continuo á los romanos que era eterna su ciudad, se les arrastró á la conquista del mundo, dejando en la historia una celebridad inmortal.

Godofredo llegó, pues, á las fronteras de Palestina el año 1099 de Jesucristo. Acompañábanle Balduino, Eustaquio, Tancredo, Raimundo de Tolosa, los condes de Flandes y de Normandía; Etoldo, que fué el primero que subió á las murallas de Jerusalem; Guichero, célebre ya por haber partido por medio á un leon; Gaston de Fox, Gerardo de Rosellon, Rembaldo de Orange, Saint-Pol y Lamberto. Al frente de todos estos caballeros iba Pedro el Ermitaño con su bordon de peregrino. Tomaron primero á Rama, y en seguida entraron en Emaus, mientras Tancredo y Balduino penetraban hasta Betlem. Pronto pusieron sitio á Jerusalem, y el estandarte de la cruz ondeó en sus murallas un viernes 15, ó segun otros 12 de Junio de 1099, á las tres de la tarde.

Los cruzados eligieron por rey de la ciudad recién conquistada á Godofredo, pues en aquel tiempo se veia á los caballeros pasar de la brecha de una plaza al trono del país conquistado. Godofredo rehusó ceñir la brillante corona que le ofrecian: "Yo no quiero, decia, llevar una corona de oro donde Jesucristo la ha llevado de espinas."

Naplusa abrió sus puertas al vencedor, y el ejército del

soldan de Egipto fué derrotado en Ascalon. El monje Roberto, para pintar la derrota de este ejército, se vale precisamente de la comparacion empleada por J. B. Rousseau; comparacion tomada de la *Biblia*.

La Palestine en fin, après tant de ravages,
Vit fruir ses ennemis comme on voit les nuages
Dans le vague des airs fuir devant l'aquilon.

Es probable que Godofredo murió en Jaffa, cuyas murallas hizo edificar. Sucedióle su hermano Balduino, conde de Edesa, y este espiró en medio de sus victorias, dejando el reino en el año 1118 á su sobrino Balduino del Burgo.

Melisendra, hija mayor de Balduino II, se casó con Fulques de Anjou en 1130, llevándole en dote el reino de Jerusalem; y habiendo muerto Fulques de una caída de caballo en 1140, le sucedió su hijo Balduino III. En el reinado de este príncipe se verificó la segunda cruzada predicada por San Bernardo, y mandada por Luis VII y por el emperador Conrado. Habiendo ocupado Balduino veinte años el trono, dejó la corona á su hermano Amaury, que la poseyó once, sucediéndole luego su hijo Balduino IV de este nombre.

Entonces fué cuando apareció en el Oriente el célebre Saladino, el cual comenzó por ser vencido, y acabó por ser vencedor, espulsando á los cristianos de los Santos Lugares.

Balduino habia casado á su hermana Sibila, viuda de Guillermo Larga-Espada, con Guido de Lusignan, y escitando celos esta eleccion entre los grandes del reino, se formaron varios partidos. Muerto Balduino IV le sucedió su sobrino Balduino V, hijo de Sibila y de Guillermo Larga-Espada. El joven rey, que solo tenia ocho años, murió en 1186 de una enfermedad aguda, y con esto hizo su

madre Sibila que pasase la corona á Guido de Lusignan, su segundo marido. El conde de Trípoli hizo traicion al nuevo monarca, de modo que éste cayó en manos de Saladino en la batalla de Tiberiades.

Luego que el soldán dió fin á la conquista de las ciudades marítimas de la Palestina, pasó á sitiar á Jerusalem, y la tomó el año 1188 de nuestra era. Cada hombre tuvo que pagar por su rescate diez besantes de oro, y quedaron esclavos catorce mil habitantes, que no pudieron pagar esta suma. Saladino no quiso entrar en la mezquita del templo que los cristianos habian convertido en iglesia, sin que antes se lavasen las paredes con agua de rosa. Quinientos camellos, segun dice Sanuto, bastaron apenas para llevar esta agua de rosa que se gastó en aquella ocasion; pero esto es un cuento muy propio del Oriente. Los soldados de Saladino derribaron una cruz de oro que estaba encima del templo, y la llevaron arrastrando por las calles hasta la cumbre del monte Sion, donde la hicieron pedazos. Solo quedó para los cristianos una iglesia, que fué la del Santo Sepulcro, y esto se debió á los sirios, que dieron por ella una gran cantidad de dinero.

La corona de este reino ya casi perdido pasó á Isabel, hija de Balduino y hermana de Sibila, que ya habia muerto, y mujer de Eufredo de Turana. Felipe Augusto y Ricardo Corazon de Leon, llegaron ya tarde para defender la santa ciudad; pero se apoderaron de Tolemáida ó San Juan de Acre. El valor de Ricardo adquirió tanta celebridad, que cuando los sarracenes veian asombrarse un caballo sin que hubiera alguna causa, decian que habia visto la sombra de Ricardo. Poco tiempo despues de la toma de Tolemáida murió Saladino, el cual dispuso antes que en su

entierro llevasen una mortaja en la punta de una pica, y que un heraldo dijese en alta voz:

Á SALADINO,
VENCEDOR DEL ASIA,
DE CUANTAS RIQUEZAS HA CONQUISTADO
SOLO LE QUEDA ESTA MORTAJA.

Ricardo, que rivalizó con Saladino, volvió de Palestina á Europa, y fué encerrado en un castillo de Alemania, lo que dió lugar á varias concejas de poca fe en la historia, pero que los trovadores han conservado en sus baladas ó romances.

En el año 1242, el emir de Damasco Saleh-Ismael, que estaba haciendo la guerra á Nedjmedin, soldan de Egipto, tomó á Jerusalem, y la devolvió á los príncipes latinos. El soldan envió á los karismienses á que sitiases la capital de Judea, y habiéndola en fin tomado, pasaron á cuchillo á todos los habitantes: al año siguiente la hicieron sufrir grandes calamidades antes de entregársela al soldan Saley-Ayoub, sucesor de Nedjmeddin.

Mientras sucedia todo esto, el título de rey de Jerusalem, ó bien esta corona, habia pasado de Isabel á Enrique, conde de Champaña, su nuevo esposo, y de éste á Amaury, hermano de Lusignan, que casó en cuartas nupcias con la misma Isabel, y de la que tuvo un hijo, que murió niño. María, hija de Isabel y de su primer marido Conrado, marqués de Monferrato, heredó este reino imaginario ó el derecho á él. Juan, conde de Briena, casó con María, y de ella tuvo una hija llamada Isabel ó Yolanda, que casó despues con el emperador Federico II. Habiendo éste venido á Tiro, hizo paces con el soldan de Egipto, sien-

do una de las condiciones, que Jerusalem se dividiria entre los cristianos y los musulmanes; y segun esto, Federico II vino á tomar la corona de Godofredo en el altar del Santo Sepulcro, se coronó con ella, y regresó inmediatamente á Europa. De creer es que los sarracenos no cumplieron lo pactado con Federico, pues veinte años despues, esto es, en 1242, hemos visto el saqueo de Jerusalem verificado por Nedjmeddin. San Luis llegó al Oriente siete años despues de esta última desgracia, y es cosa notable que hallándose este príncipe prisionero en Egipto, vió degollar á los últimos herederos de la familia de Saladino.¹

Es cierto que los mamelucos baharitas, despues de haber manchado sus manos en la sangre de su señor, pensaron un momento en librar de la esclavitud á San Luis, y hacer de su prisionero su soldan, porque tal era el alto aprecio que hacian de sus virtudes; y el santo rey dijo al señor de Joinville, que hubiera admitido esta corona si los infieles se la hubieran prometido. Esto solo basta para dar á conocer mejor á este príncipe, cuya piedad igualaba á su grandeza de alma, y cuya religiosidad no excluia sus pensamientos de rey.

Pero los mamelucos mudaron de opinion: Moas, Almasor-Nuradin-Alí y Sefeiden-Modfar, ocuparon sucesivamente el trono de Egipto, y en 1263 era soldan el famoso Bibars-Boudoc-Dari, que entre estragos y violencias sujetó aquella parte de la Palestina que aun no estaba sujeta á sus armas; pero al mismo tiempo hizo reedificar á Jerusalem. Su sucesor Kelaun continuó en quitar á los cristianos las varias plazas que ocupaban: su hijo Khalil conquistó á Tiro y Tolemaida; y en fin, el año 1291 aca-

¹ Véase la nota J al fin del tomo.

baron los cristianos de perder la Tierra Santa, en la que habian permanecido durante ciento noventa y dos años, y habiendo reinado ochenta y ocho en Jerusalem.

El vano título de rey de Jerusalem pasó á la casa de Sicilia en la persona de Cárlos, conde de Provenza y de Anjou, hermano de San Luis, que reunió en sí los derechos del rey de Chipre y de la princesa María, hija de Federico, príncipe de Antioquía. Los caballeros de San Juan de Jerusalem, llamados luego de Rhodas, y últimamente de Malta, y los caballeros teutónicos que conquistaron el Norte de Europa y fundaron el reino de Prusia, son en el dia los únicos restos de aquellas cruzadas que hicieron temblar al Africa y al Asia, y ocuparon los tronos de Jerusalem, de Chipre y de Constantinopla.

Algunos creen que el reino de Jerusalem era pobre y mezquino; pero los testimonios unánimes de la sagrada Escritura, de los autores gentiles, como Hecatés de Abdera, Teofrasto, el mismo Strabon, Pausanias, Galeno, Dioscórides, Plinio, Tácito, Solino y Amiano Marcelino; de los escritores judíos, como Josefo, los compiladores del *Talmud* y de la *Misna*; de los historiadores geógrafos árabes, Massudi, Ibn Haukal, Ibn al Quadi, Hamdosellah, Abulfeda y Edrisi, etc., y de todos los viajeros que han estado en Palestina desde los primeros tiempos hasta el presente, atestiguan de mancomun la fertilidad de Judea. El abate Guénéé ha presentado estos testimonios con una claridad y crítica admirables.¹ ¿Podríamos estrañar además de esto que se hubiera esterilizado una tierra tan fecunda despues de tantos estragos? Diez y siete veces ha sido Jerusalem tomada y saqueada. Millones de hombres han sido

¹ Véanse las cuatro memorias de que haré mencion.